

Este texto está escrito en un español dialectal rural rioplatense (posiblemente argentino o uruguayo), con fuerte influencia del habla campesina y gauchesca de finales del siglo XIX o principios del XX. Es una representación literaria del modo de hablar de los paisanos, gauchos o gente de campo de la región del Río de la Plata. Se ha editado también en español moderno. <https://ideaswaldorf.com/pobreza-y-miseria/>

POBREZA Y MISERIA

5º- 6º Carnaval

Esto ocurrió en tiempo de Nuestro Señor Jesucristo y sus Apóstoles.

Nuestro Señor, que asigún dicen que el creador de la bondá, sabía andar de pueblo en pueblo y de rancho en rancho por nuestra tierra enseñando el Evangelio y curando con palabras. En estos viajes, lo llevaba de asistente a San Pedro, al que lo quería mucho por creyente y servicial.

Cuentan que en uno de esos viajes, que por demás veces eran duros como los del resero, como fueran por llegar a un pueblo, a la mula en que iba Nuestro Señor se le perdió una herradura y dentro a manquir.

— *Fijate* — le dijo Nuestro Señor a San Pedro
— *si no ves una herrería que ya estamos entrando al poblao.*

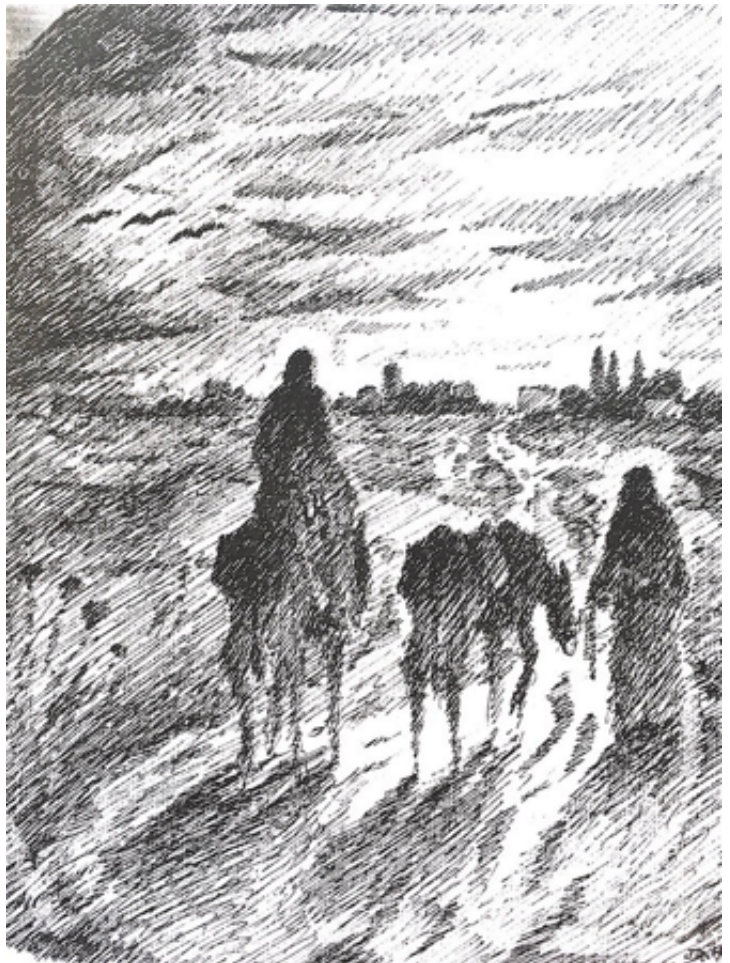
San Pedro, que iba mirando con atención, divisó un rancho viejo de paredes rajadas, que tenía encima de la puerta un letrero que decía: "ERRERÍA". Sobre el pucho se lo contó al Maistro y pararon delante del corralón.

— *¡Ave María!* — gritaron. Y junto con un cuzquito ladrador, que tenía por nombre Pobreza, salió un anciano harapiento que los convidó a pasar.

— *Güenas tardes* — dijo Nuestro Señor — *¿Podrías herrar mi mula que ha perdido la herradura de una mano?*

— *Apiensén y pasen adelante,* — contestó el viejo — *voy a ver si puedo servirlos.*

Cuando, ya en la pieza, se acomodaron sobre unas sillas de patas quebradas y torcidas, Nuestro Señor le preguntó al herrero:



—¿Y cuál es tu nombre?

— *Me llaman Miseria* — respondió el viejo, y se fue a buscar lo necesario para servir a los forasteros.

Con mucha paciencia anduvo este servidor de Dios, olfateando en sus cajones y sus bolsas, sin hallar nada. Acobardado iba a golverse a pedir disculpa a los que estaban esperando, cuando regolviendo con la bota un montón de basuras y desperdicios, vido una argolla de plata grandota.

— *¿Que hacen aquí vos?* — le dijo, y recogiénola se fue pa donde estaba la fragua, prendió el juego, reditió la argolla, hizo a martillo una herradura y se la puso a la multita de Nuestro Señor. ¡Viejo sagaz y ladino!

— *¿Cuánto te debemos, guien hombre?* — preguntó Nuestro Señor.

Miseria lo miró bien de arriba abajo y, cuando concluyó de filiarlo, le dijo: — Por lo que veo, ustedes son tan pobres como yo. ¿Qué diantres les vi' a cobrar? Vayan en paz por el mundo, que algún día tal vez Dios me lo tenga en cuenta.

— *Así sea* — dijo Nuestro Señor y, después de haberse despedido, montaron los forasteros en sus mulas y salieron al sobrepaso.

Cuando iban ya retiraditos, le dice al Cristo este San Pedro, que debía ser medio lerdo:

— *Verdá, Señor, que somos desagradecidos. Este pobre hombre nos ha herrato la mula con una herradura 'e plata, no noh' a cobrao nada por más que es repobre, y nohotros nos vamos sin darle siquiera una prenda de amistá.*

— *Decís bien* — contestó Nuestro Señor, — *volvamos hasta su casa pa concederle tres Gracias, que él eligirá a su gusto.*

Cuando Miseria los vido llegar de güelta, creyó que se había desprendido la herradura y los hizo pasar como endemantes. Nuestro Señor le dijo a qué venían y el hombre lo miró de soslayo, medio con ganitas de rairse, medio con ganitas de disparar.

— *Pensá bien* — dijo Nuestro Señor — *antes de hacer tu pedido.*

San Pedro, que se había acomodado atrás de Miseria, le sopló: — Pedí el Paraíso.

— *Cayate, viejo* — le contestó por lo bajo Miseria, pa después decirle a Nuestro Señor: — *Quiero que el que se siente en mi silla, no se pueda levantar della sin mi permiso.*

— *Concedido* — dijo Nuestro Señor — *¿A ver la segunda Gracia? Pensala con cuidao.*

— *¡Pedí el Paraíso, porfiao!* — le sopló de atrás San Pedro.

— *Cayate, viejo metido* — le contestó por lo bajo Miseria, pa después decirle a Nuestro Señor: — *Quiero que el que suba a mis nogales, no se pueda bajar dellos sin mi permiso.*

— *Concedido* — dijo Nuestro Señor — *Y aura, la tercera y última Gracia. No te apurés.*

— *¡Pedí el Paraíso, porfiao!* — le sopló de atrás San Pedro.

— ¿Te querés callar, viejo idiota? — le contestó Miseria enojao, pa despues decirle a Nuestro Señor: — Quiero que el que se meta en mi tabaquera no pueda salir sin mi permiso.

— Concedido — dijo Nuestro Señor, y después de despedirse, se jue.

Ni bien Miseria quedó solo, comenzó a cavilar y, poco a poco, jue dentrándole rabia de no haber sabido sacar más ventaja de las tres Gracias concedidas.

— También seré sonso — gritó, tirando contra el suelo el chambergo. — Lo que es, si aurita mesmo se presentara el demonio, le daría mi alma con tal de poderle pedir veinte años de vida y plata a discreción.

En ese mismo momento, se presentó a la puerta 'el rancho un caballero que le dijo:

— Si querés, Miseria, yo te puedo presentar un contrato, dándote lo que pedís. Y ya sacó un rollo de papel con escrituras y numeritos, lo más bien acondicionado, que traiba en el bolsillo. Y allí las

leyeron juntos a las letras y, estando conformes en el trato, firmaron los dos con mucho pulso, arriba de un sello que traiba el rollo.

Ni bien el Diablo se jue y Miseria quedó solo, tantió la bolsa de oro que le había dejao Mandinga, se miró en el bañadero de los patos, donde vido que estaba mozo, y se jué al pueblo pa comprar ropa, pidió pieza en la fonda como señor, y durmió esa noche contento.

¡Amigo! Había de ver cómo cambió la vida d'este hombre. Terció con gobernadores y alcaldes, jugaba como nenguno en las carreras y viajó por todo el mundo.

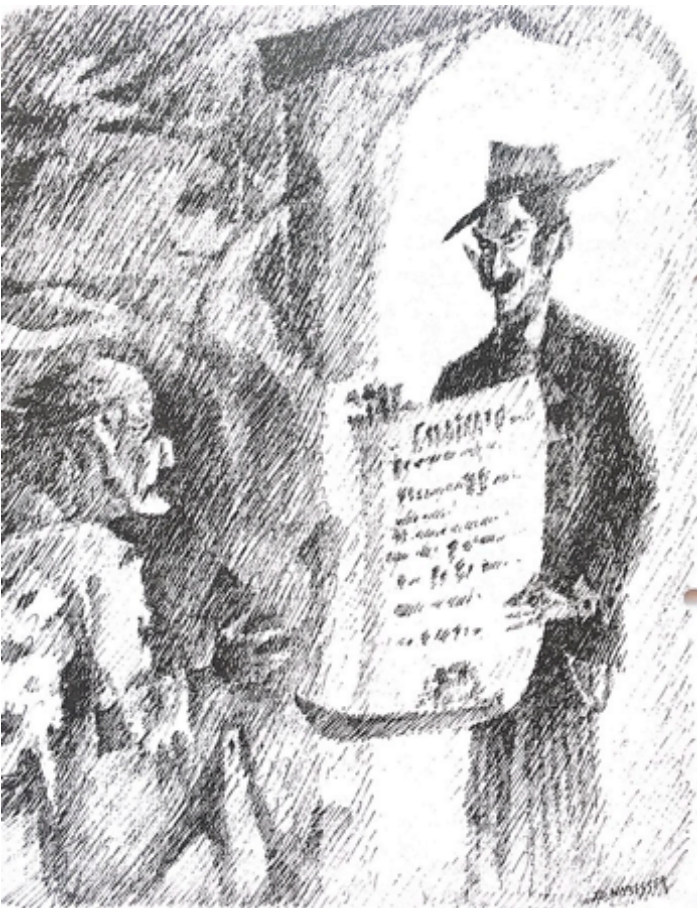
Pero bien dicen que pronto pasan los años cuando se emplean d'este modo, de suerte que se cumplió el año vigésimo y en un momento casual en que Miseria había venido a rairse de su rancho, se presentó el Diablo con el nombre de caballero Lili, como vez

pasada y peló el contrato pa exigir que se le pagara lo convenido.

Miseria, que era hombre honrao, aunque medio tristón le dijo a Lili que lo esperara, que iba a lavarse y ponerse güena ropa pa presentarse al Infierno, como era debido. Así lo hizo, pensando que al fin todo lazo se corta y que su felicidad había terminao.

Al golver halló a Lili sentao en su silla aguardando con pacencia.

— Ya estoy acomodao — le dijo — ¿vamos yendo?



— ¡Cómo hemos de irnos — contestó Lili — *si estoy pegao con esta silla como por encanto!*

Miseria se acordó de las virtudes que le había concedido el hombre 'e la mula y le dentro una risa tremenda.

— ¡Enderezate, pues, maula, si sos diablo! le dijo a Lili.

Al nudo éste hizo bellaquear la silla. No pudo alzarse ni un chiquito y sudaba, mirándolo a Miseria.

— Entonces — dijo el que fue herrero, — *si querés dirte, firmame otros veinte años de vida y plata a discreción.*

El demonio hizo lo que le pedía Miseria, y éste le dio permiso pa que se juera.

Otra vez el viejo, remozado y platudo, se golvió a recorrer mundo: se relacionó con nobles caballeros y ricos comerciantes y bailaba con las hijas dellos.

Pero los años, pa'l que se divierte, juyen pronto, de suerte que, cumplido el vigésimo, Miseria quiso dar fin cabal a su palabra y rumbledió al pago de su herrería.

A todo esto Lili, que era medio lenguarás y alcahuete, había contao en los infiernos el encanto 'e la silla.

— *Hay que andar con ojo alerta* — había dicho Lucifer. — *Ese viejo está protegido y es ladino. Dos serán los que lo van a buscar al fin del trato.*

Por esto jue que al apiarse en el rancho, Miseria vido que lo estaban esperando dos hombres, y uno de ellos era Lili.

— *Pasen adelante; sientensén* — les dijo, — *mientras yo me lavo y me visto pa dentrar al Infierno, como es debido.*

— *Yo no me siento* — dijo Lili.

— *Como quieran. Pueden pasar al patio y bajar unas nueces, que seguramente serán las mejores que habrán comido en su vida 'e diablos.*

Lili no quió saber nada; pero cuando se hallaron solos, su compañero le dijo que iba a dar una güelta por debajo de los nogales, a ver si podía recoger del suelo alguna nuez caída y probarla. Al rato no más golvió, diciendo que había hallao una yuntita y que, en comiéndolas, naide podía negar que juegan las más ricas del mundo.

Juntos se fueron p'adentro y comenzaron a buscar sin hallar nada.

Pa esto, al diablo amigo de Lili se le había calentao la boca y dijo que se iba a subir a la planta, pa' seguir pegándole al manjar. Lili le advirtió que había que desconfiar, pero el goloso no hizo caso y subió a los árboles, donde comenzó a tragar sin descanso, diciéndole de tiempo en tiempo:

— *¡Cha que son guienas! ¡Cha que son guienas!*

— *Tirame unas cuantas* — le gritó Lili, de abajo.

— *Allí va una* — dijo el de arriba.

— *Tirame otras cuantas* — golvió a pedirle Lili, no bien se comió la primera.

— *Estoy muy ocupao* — le contestó el tragón. *Si querés más, subite al árbol.*

Lili, después de cavilar un rato, se subió.

Cuando Miseria salió de la pieza y vido a los dos diablos en el nogal, le dentro una risa tremenda.

— *Aquí estyo a su mandao* — les gritó. — *Vamos cuando ustedes gusten.*

— *Es que no nos podemos abajar* — le contestaron los diablos, que estaban como pegados a las ramas.

— *Lindo* — les dijo Miseria. *Entonces firmeméndote ver el contrato, dándome otros veinte años de vida y plata a discreción.*

Los diablos hicieron lo que Miseria les pedía y éste les dio permiso pa que bajaran.

Miseria golvió a correr mundo y terció con gente copetuda y tiró plata y danzaba con nobles damas y princesas.

Pero los años dentaron a disparar, como en denantes, de suerte que al llegar al año vigésimo, Miseria, queriendo dar pago a su deuda se acordó de la herrería en que había sufrido.

A todo esto, los diablos en el infierno le habían contado a Lucifer lo sucedido y éste, enojadazo, les había dicho:

— *¡Canejo! ¿No les previne de que anduvieran con esmero, porque ese hombre era por demás ladino? Esta güelta que viene, vamoñía dir toditos a ver si se nos escapa.*

Por esto fue que Miseria, al llegar a su rancho, vio más gente rítmida que en una jugada'e taba.

Pero esa gente, acomodada como un ejército, parecía estar a la orden de un mandón con corona. Miseria pensó que el mesmito Infierno se había mudado a su casa, y llegó, mirando como pato el arriador a esa pueblada de diablos, — *Si escapo d'esta* — se dijo — *en fijo que ya nunca la pierdo.*

Pero haciéndose el muy templao preguntó a aquella gente:

— *¿Quieren hablar conmigo?*

— *Sí* — contestó fuerte el de la corona.

— *A usted* — le retrucó Miseria — *no le he firmao contrato nenguno, pa que venga tomando velas en este entierro.*

— *Pero me valr'a seguir* — gritó el coronao — *porque yo soy el Ray de-loh' Infiernos.*

— *¿Y quien me da el certificao?* — alegó Miseria — *Si usted es lo que dice, ha de poder hacer de fijo que todos los dia-blos dentren en su cuerpo y golverse una hormiga.*

Otro hubiera desconfiado, pero dicen que a los malos los sabe perder la rabia y el orgullo, de modo que Lucifer, ciego de juror, dio un grito y en el momento mismo se pasó a la forma de una hormiga, que llevaba adentro a todos los demonios del Infierno.

Sin dilación, Miseria agarró el bichito que caminaba sobre los ladrillos del piso, lo metió en su tabaquera, se fue a la herrería, la colocó sobre el yunque y, con un martillo, se arrastró a pegarle con toda el alma, hasta que la camiseta se le empapó de sudor.

Entonces se refrescó, se mudó y salió a pasear por el pueblo.

¡Bien haiga, viejito sagás! Todos los días, colocaba la tabaquera sobre el yunque y le pegaba tamaña paliza.

Y así se jugaron los años.

Y resultó que ya en el pueblo no hubo peleas, ni plaitos, ni alegaciones. Los maridos trataban bien a las mujeres, y las madres a los chicos. Tíos, primos y entenados se entendían como Dios manda; no se veían luces malas y los enfermos sanaron todos; los viejos no acababan de morir y hasta los perros fueron virtuosos. Los vecinos se entendían bien, los baguales no corcoviaban más que de alegría y todo andaba como reloj de rico. Qué, si ni había que baldiar los pozos porque toda agua era buena.

Ansina como no hay caminos sin repechos, no hay suerte sin desgracia, y vino a suceder que abogados procuradores, jueces de paz, curanderas, médicos y todos los que son autoridad y viven de la desgracia y vicios de la gente, comenzaron a ponerse charcones de hambre y fueron muriendo.

Y un día, asustados los que quedaban de esta morralla se indijaron por lo del gobernador, a pedirle ayuda por lo que les sucedía. Y el gobernador, que también denitaba en la partida de los castigados, les dijo que nada podía remediar y les dio una plata del Estao, advirtiéndoles que era la única vez que lo hacía, porque no era obligación del gobierno el andarlos ayudando.

Pasaron unos meses, y ya los procuradores, jueces y otros bichos iban mermando por haber pasado los más a mejor vida, cuando uno de ellos, el más pícaro, vino a maliciar la verdad y los invitó a todos a que golvieran a lo del gobernador, dándoles promesa de que ganarían el plaito.

Así fue. Y cuando estuvieron frente al manate el procurador le dijo a Suecelencia que todah'esas calamidades sucedían porque el herrero Miseria tenía encerrados en su tabaquera a los diablos del Infierno.

Sobre el pucho, el mandón lo mandó a traer a Miseria y, en presencia de todos, le largó un discurso:

— ¿Ahá, sos vos? ¡Bonito andás poniendo al mundo con tus brujerías y encantos, viejo indino! Aurita vah'a dejar las cosas como estaban, sin meterte a redimir culpas ni castigar diablos. ¿No ves que siendo el mundo como es, no puede pasarse del mal y que las leyes y lah'enfermedades y todos los que viven d'ellas, que son muchos, precisan de que los diablos anden por la tierra? En este mismo momento vah'al trote y largás loh'Infiernos de tu tabaquera.

Miseria comprendió que el gobernador tenía razón, confesó la verdá y jue pa su casa pa cumplir lo mandao.

Ya estaba por demás viejo y aburrido del mundo, de suerte que irse, poco le importaba.

En su rancho, antes de largar los diablos, puso la tabaquera en el yunque, como era su costumbre, y por última vez le dio una güena sobada hasta que la camiseta quedó empapada de sudor.

— *¿Si yo los largo van a andar embromando por aquí?* — les pregunto a los mandingas.

— *No, no,* — gritaban estos de adentro — *Larganos y te juramos no golver por tu casa.*

Entonces Miseria abrió la tabaquera y los licenció pa que se juegan.

Salió la hormiguita y creció hasta ser el Malo. Comenzaron a brotar del cuerpo de Lucifer todos los demonios y redepente, en un tropel, tomó esta diablada por esas calles de Dios, levantando una polvareda como nube 'e tormenta.

Ya Miseria estaba en las últimas humeadas del pucho, porque a todo cristiano le llega el momento de entregar la osamenta y él bastante la había usado.

Y Miseria, pensando hacerlo mejor, se jue a echar sobre sus jergas a esperar la muerte. Allá, en su piecita de pobre, se halló tan aburrido y desganao, que ni se levantaba siquiera pa comer ni tomar agua. Despacito no más se jue consumiendo, hasta que quedó duro y como seco por los años.

Al fin vido todavía el resplandor de la herradura de plata.

— *¡Caramba, pues se le desprendió nomás al animal!* — se dijo — *Tendré que buscar al hombre de la mula y alcanzársela!*

Y en pensando esto, dejó el cuerpo pa los bichos y, sin dilación, porque no era sonso enderezó pa'l Cielo y, después de un viaje largo, golpió en la puerta d'este.

Cuantito se abrió la puerta, San Pedro y Miseria se reconocieron, pero al viejo pícaro no le convenían esos recuerdos y, haciéndose el chanco rengo, pidió permiso pa pasar.

— *¡Hum!* — dijo San Pedro — *Cuando yo estuve en tu herrería con Nuestro Señor, pa concederte tres Gracias, te dije que pidieras el Paraíso y vos me contestaste: Cayate viejo idiota. Y no es que te*





la guarde, pero no puedo dejarte pasar aura, porque en habitándote ofrecido tres veces el Cielo, vos te negaste a aceptarlo.

Y como ahí nomás el portero del paraíso cerró la puerta, Miseria, pensando que de dos males hay que elegir el menos pior, rumbió pa'l Purgatorio a probar cómo andaría!

Pero amigo, allí le dijeron que sólo podían centrar las armas destinadas al cielo y que como él nunca podría llegar a esa gloria por haberla desnegado en la oportunidad, no podían guardarlo. Las penas eternas le tocaba cumplirlas en el Infierno.

Y Miseria enderezó al Infierno y golpió en la puerta, como antes golpiaba en la tabaquera sobre el yunque, haciendo llorar los diablos. Y le abrieron, ¡pero que rabia no

le daría cuando se encontró cara a cara con el mismo Lili!

— *Maldita mi suerte* — gritó, — *que andequiera he de tener conocidos!*

Y Lili, acordándose de las palizas, salió que quemaba, con la cola como bandera' e comisaría, y no paró hasta los pies mismos

de Lucifer, al que contó quién estaba de visita.

Nunca los diablos se habían pegado tan tamaño susto, y el mismo Ray de loh' Infiernos, recordando también el rigor del martillo, se puso a gritar como gallina culeca, ordenando que cerraran bien toditas las puertas, no juera a dentrar semejante cachafás.

Y ahí estaba. — *Pero, todavía tengo que afirmar esta herradura* — dijo para sí, y con paso decidió partir en busca del Señor de la mula. Por senderos escarpados, pedregosos, duros, anduvo Miseria, hasta llegar de nuevo frente a un portal.

Golpió. San Pedro abrió. Ahí estaba Nuestro Señor:

— ¡Pero si es Miseria! ¡Entrá! Contanos lo que entretanto.

Final adaptado por Annemarie Öhring
Ilustraciones J. Daniel Habegger